GOBIERNO DE CANTABRIA
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

ALTAMIRA

REVISTA DEL CENTRO
DE ESTUDIOS MONTAÑESES

TOMO LXXX

Santander

AÑO 2011

SANTANDER Y JESÚS PARDO: LA NOVELA DE UNA CIUDAD (I)

NICANOR GÓMEZ VILLEGAS
Doctor en Historia
Director del Colegio Mayor Universitario Isabel de España
(Universidad Complutense de Madrid)

"Yo soy la propia materia de mi libro". El lema del prólogo de los ensayos de Montaigne se podría aplicar perfectamente a la literatura de Jesús Pardo. Con una matización: "Mi infancia santanderina es la materia de mi libro". En esta conferencia trataré de poner puertas al campo, pues no es otra cosa hablar de la impronta de Santander en la obra de Jesús Pardo. Su pasado santanderino, o hablando con propiedad, sardinerino, como dice un verso suyo feliz, es su Palacio de Invierno:

Mi palacio de invierno es mi pasado,
mi jardín del Edén es mi presente
y a las puertas de ambos llamo urgente
para ver si de ambos algo me ha quedado

José María de Cossío escribió acerca de José del Río Sáinz, "Pick", que era imposible explicarlo sin Santander y la Montaña, pues ambas llenaron su obra y por ende su vida. La frase podría aplicársele también a nuestro hombre, aunque tal vez sería necesario poner en sordina la referencia a la Montaña y leer El Sardinero allí donde se dice Santander. El mismo Jesús Pardo en la introducción que escribió para la novela *El capitancito* de Pick nos expone con precisión qué es Santander para él, algo, resulta ocioso decirlo, que tiene una relación muy peculiar con la Santander histórica de la primera mitad del siglo XX. Sólo espero que nuestros próceres, si no

leyeron en su momento aquellas palabras, no se hagan oídos de ellas ahora, pues ponen bastante en solfa nuestra corrección política regional. Dice Jesús Pardo:

> "Al decir Santander me refiero al clima cultural, en el sentido más amplio de esta expresión, creado conjuntamente por el mar y la montaña en torno a un núcleo castellano cuyo largo encajonamiento le permitió conservar esencias que le distinguen esencialmente de la Castilla circundante, oprimida por un árido tierra adentro del que los santanderinos nos hemos librado. –sigue la cita- Esas esencias empaparon la vida secular de Santander, encerrándolo en sí mismo y ayudándolo a persistir la creciente agresión foránea impuesta por comunicaciones y presiones económicas centralizantes."

Un verdadero manifiesto intrahistórico, que nos recuerda los presupuestos de la intrahistoria de Miguel de Unamuno, el anhelo de una patria utópica y ucrónica (un adjetivo muy caro a Jesús Pardo) anterior a los avatares de la historia e incluso desvinculada de ellos. Como el propio Unamuno, autor del invento, escribe en su novela *Paz en la guerra*, la intrahistoria:

> "Es el inconsciente anhelo a la patria espiritual, la desligada del terruño; es la atracción que, sintiendo los pueblos hacia la vida silenciosa de debajo del tumulto pasajero de la Historia, los empuja a su redistribución natural, según originarias diferencias y analogías, a la redistribución que permita el futuro libre agrupamiento de todos ellos en la familia humana."

En este caso la intrahistoria santanderina de Jesús Pardo es la búsqueda del tiempo perdido, una búsqueda que comienza siempre evocando las rocas del Sardinero de su infancia. Como afirma Gastón Bachelard, en nuestra soledad soñamos retrospectivamente, alejándonos de nuestro presente para revivir los primeros tiempos de nuestra vida. Varios rostros de niños vienen a nuestro encuentro, pues fuimos varios durante ese ensayo de nuestra vida, en aquella vida primitiva.

Sólo logramos dotar de unidad a nuestra vida a través de los relatos de los nuestros, las palabras de nuestra tribu. En este caso la mitología familiar de los Pardo/Malalbear, entre los que el rumor familiar pronto "se petrificaba en tradición inamovible."

Al contrario de lo que hizo James Joyce, siguiendo a su modelo homérico, al escuchar sus voces ancestrales, Jesús Pardo no se ató al mástil para evitar seguirlas y ahogarse en las aguas del mar. Nuestro hombre se lanzó a las aguas del Cantábrico, aunque fuesen realmente las del Báltico en Copenhague, tratando de perseguir esas sirenas cantábricas que hablaban el dialecto de su tribu sardinerina, y creo que aún continúa tratando de expulsar toda el agua que tragó, aunque el resultado de aquel zambullón y frustrado ahogamiento ha sido, en mi opinión, su literatura, muy tardía, como tardía fue la decisión de soltarse del mástil del periodismo para enfrentarse de una vez por todas a sus propias voces ancestrales. *Ego, scriptor*.

Pero continuemos un momento con nuestra intrahistoria santanderina: "En este ambiente -nos dice Jesús Pardo en su prólogo a *El capitancito*- de persistente singularidad, apenas trocado por los romanos y dejado intacto por los árabes e, incluso, hasta hace relativamente poco tiempo, por los afuerinos, es como me parece fructífero examinar a fondo, o intentarlo al menos, la vida/obra de José del Río, que fue la encarnación misma, anacrónica casi al final, de tal estado de cosas; una de sus características es precisamente la "santanderinización" sistemática de cuantas influencias externas enriquecieron su obra y su mente: reflexiones, lecturas, experiencias, las tres más importantes de las cuales fueron, además, intensamente santanderinas: Cuba, el periodismo y el mar."

Aunque esté hablando de Pick, cuántas cosas sobre sí mismo nos dice Jesús Pardo en estos párrafos. Cometeré la osadía, pues el interesado está presente y me podrá enmendar la plana, de afirmar que el fenómeno descrito de la "santanderinización" es esencial en su propio taller literario. El caso o pesquisa "Santander en la obra de Jesús Pardo" comienza a adquirir contornos más nítidos. Trataremos de exponerlos. Nuestro hombre al igual que Pick fue un santanderino más en la diáspora madrileña -peculiar tribu-, periodista en Madrid –y luego en Londres-, pero, como él mismo ha señalado corrigiendo el título de las memorias de Pick, ambos fueron periodistas provinciales, pero no provincianos. Pues es posible, partiendo de la propia provincia y llevándola siempre consigo, adentrarse en la universalidad, en la ecumenicidad, como diría nuestro autor. Para ambos, Jesús Pardo y Pick, Santander constituyó un asidero vital, una lámpara de Aladino que frotar en momentos de zozobra. Una lámpara de Aladino arrumbada en lo que Jesús Pardo llama esa "zona sacrosanta de la memoria con cuya integridad comienza uno instintivamente a apuntalarse cuando le llega la vejez en una diáspora como la madrileña, en la que ni él entonces, ni yo ahora, encontramos raíces profundas".

El libro de Symmons sobre Frederick Rolfe, más conocido como el Barón Corvo, sigue siendo el modelo canónico de un género de estirpe anglosajona conocido como *quest*, una búsqueda obsesiva, como se podría traducir el término, acerca de la vida, personalidad y derrotero artístico de un autor y de su obra. Un empeño que en algunas ocasiones acaba interfiriendo en la vida del propio buscador. Otra *quest* dedicada a un autor de nuestra literatura es la emprendida hace ya años por Juan Manuel Bonet tras las azarosas huellas del poeta sevillano Lasso de la Vega, quien también gustaba de presentarse con el título nobiliario, al que tenía dudoso derecho, de Marqués de Villanova.

La *quest* emprendida hace unos años por quien les habla se adentra en senderos parecidos a los de la búsqueda que el propio Jesús Pardo emprendió acerca de José del Río Sáinz, "Pick". Por no faltar, en "*The Quest for Pardo*", nos encontramos también con un título de nobleza valleinclanesco, el de Marqués de Maliaño, título utilizado en las fiestas londinenses por nuestro protagonista para honrar a su abuelo Leopoldo Pardo de Santayana y García-Malalbear, un personaje que aparece someramente en *Ahora es preciso morir* con perfiles netamente lampedusianos. Leopoldo Pardo, a quien una calle de nuestra ciudad aún recuerda, convirtió en un muelle que acabaría siendo una verdadera mina de oro para el patrimonio familiar unos arenales improductivos que le compró por cuatro perras gordas al Ayuntamiento de Santander. A principios del siglo XX un rumor altosantanderino afirmaba que era inminente que Alfonso XIII le concediese un título de Marqués que llevara el nombre de dicho muelle. Pues bien, hace muy poco, para mi pasmo, leyendo un libro acerca del revival de la moda eduardiana en el Londres de finales de los 50 del siglo pasado, he tenido cumplida noticia del impacto en los usos y costumbres de la *droite infernale* londinense de una *party* ofrecida por un tal "*Marquis Pardo of Santayana*". Una historia muy propia del Barón Corvo.

Dejando para mejor ocasión estos senderos que se bifurcan en Londres, que a mí me interesan sobremanera, y sin olvidar el interés genuino de Jesús Pardo por la vida y la obra de José del Río, tengo para mí que el verdadero norte de nuestro autor en su literatura ha sido triunfar allí donde Pick fracasó. *El capitancito*, esta es una opinión de Jesús Pardo, pudo ser la gran novela santanderina de la primera mitad del siglo XX, pero su autor midió muy mal sus fuerzas y emprendió su labor con setenta años y con un impulso inadecuado: presentarse a un premio literario por razones estrictamente pecuniarias, aunque dudo mucho de que pueda existir otro tipo de razones para presentarse a un premio literario.

Jesús Pardo sí midió bien sus fuerzas y no precisamente para presentarse a un premio literario. Con su independencia económica asentada en un periodismo bastante mejor remunerado que el trabajo de galeotes de los tiempos de Pick, se lanzó a escribir en 1978, pasados los cincuenta, su primera novela, *Ahora es preciso morir*, durante una estancia profesional en Copenhague, de ahí mi referencia anterior, un tanto oscura, a las aguas del Mar Báltico. Allí donde Pick fracasó en escribir "la novela de su provincia", Jesús Pardo se lanzó a escribir "la novela de su ciudad". Aunque decir Santander en otro tiempo equivaliese a hablar de nuestra ciudad y también de nuestra provincia. Ni que decir tiene que Jesús Pardo no está para nada de acuerdo con el punto y final definitivo que puso a aquella ambigüedad la creación de la Comunidad Autónoma de Cantabria. Con todo el no ha renunciado a definirse como santanderino. Lo de cántabro no le gusta nada y no se reconoce en ese gentilicio.

Decía, volviendo a mi tema -como afirmaba un profesor mío "viajo mucho pero siempre vuelvo al tema"-, que Jesús Pardo se puso a escribir "la novela de su ciudad", en primer lugar con su primera novela: *Ahora es preciso morir*, y bastantes años más tarde con la primera y la segunda parte de la primera entrega de sus memorias, *Autorretrato sin retoques*. Pero también con algunos de sus poemas y con la ya mencionada *quest* acerca de José del Río Sáinz, "Pick", donde he creído hallar muchas de las claves de la impronta de Santander en la literatura de Jesús Pardo y en su propio proyecto vital, que en el caso de un escritor vocacional como el que nos ocupa viene a ser lo mismo.

Entre los pliegues de la ficción de Jesús Pardo -e incluyo en este género deliberadamente sus escritos autobiográficos- encontraremos la paradoja de la conocida proposición de Aristóteles de que la ficción es "más verdadera" que la historia. Su penetración en las motivaciones y en la experiencia humana es a la postre mucho más profunda. Si mi propósito fuese escribir una biografía de Jesús Pardo, sus dos magníficos libros de memorias: *Autorretrato sin retoques* y *Memorias de memoria*, y el tercero, que pronto saldrá publicado, serían una ayuda un tanto envenenada, pues todos sabemos de las complicadísimas y controvertidas relaciones entre biografía y autobiografía. Como diría un proverbio ruso: "miente como un testigo presencial". En palabras del propio autor:

> "Toda obra humana es esencialmente ficción: el intervalo mínimo de tiempo que tarda la mano en escribir lo que la mente le dicta hace ficción de

> tal dictado: ningún historiador escribió jamás exactamente lo que concibió como pasado, ningún filósofo exactamente lo que pensó, ningún poeta exactamente lo que sintió. Ni tampoco podré yo ser narrador exacto de una vida cuyo origen está, no ya en mi pensamiento de ese mismo instante, sino en mi propia prehistoria: sesenta y ocho años (el autor escribe esto en 1995), y entre otras cosas y gente que veré forzosamente a través de mis prejuicios y preferencias actuales, por muy sinceramente que aspire a la imparcialidad".

Pero volvamos a nuestro tema. Si un santanderino de mi edad o menor, fuese llevado en una máquina del tiempo al Santander anterior al incendio o al Sardinero anterior al expolio urbanístico se sentiría como un auténtico marciano. A duras penas podría reconocer como propia aquella ciudad. Qué podríamos decir si el viaje fuera a la inversa. Tres generaciones nos separan ya de aquellos capaces de ubicar correctamente el Círculo Mercantil, el Círculo de Recreo, el Gran Café del Bulevar, el Áncora, el antiguo Sonderklas. Identificar el Palacio o Casa de Pardo o el emplazamiento en la Avenida de los Infantes de la Villa San José, justo enfrente de la nueva Iglesia de San Roque, tan denostada por los hermanos Malalbear. O el Casino de Santander, el fastuoso edificio de la *Belle Époque* santanderina. Hacer arqueología santanderina siguiendo la topografía de la novela, auténtico apunte del natural, es un ejercicio que recomiendo. Como subir desde la Avenida de los Infantes hasta El Alta y descender por la Calleja de Arna hasta la plazuela de Pombo. O seguir, calle tras calle, en un itinerario que parece tomado del de Leopold Bloom por las calles de Dublín, el derrotero de Fito Malalbear después de que tomará la decisión de contraer matrimonio: desde la popular Daoiz y Velarde de su novia hasta la Iglesia de Santa Lucía. De allí a los Jesuitas. Después por la Cuesta de San José hasta el Gran Café del Bulevar, en un área de la ciudad totalmente destruida por el incendio del 41 –al igual que el puente que unía la Catedral con la Iglesia de la Compañía, o la calle de la Blanca-, para acabar en Puertochico antes de emprender el regreso al Sardinero, a la Avenida de los Infantes, al mundo de los señores de la Villa San José. Y qué decir del Sardinero:

> "Y es que en el Sardinero de mi niñez todo era verde y humedad, campo cerrado e hitos abiertos, cielo disperso y horizontes concéntricos. En los días más secos del verano, la humedad se respiraba en su añoranza misma."

De nuevo nos encontramos con unos pecios de intrahistoria santanderina, o mejor dicho sardinerina:

> "Las ciudades, los pueblos, tienen, sobre su decadencia general, decadencias estrictamente coincidentes con las de las personas que los viven: mi Sardinero, en consecuencia, es indistinguible de mí mismo, un lugar intangible e ilocalizable que se introdujo en mi mente por todos mis sentidos y saturó mi cuerpo por todos sus poros hasta llegar a convertirse para mi supervivencia en lo mismo que es el agua para el delfín, advenedizo en ella como yo en mi Sardinero. Comencé inmediatamente a distinguirlo del resto del mundo en idéntica medida en que yo mismo me distinguía del resto de la humanidad. Y ahora sigue vivo en mí: fantasma sin más futuro o comunicabilidad que los que a mí me queden."

Estamos de nuevo ante el niño que sueña en su soledad una existencia sin límites. Esa ensoñación no es simplemente una ensoñación de huída. Es ante todo una ensoñación de expansión. Desde los primeros destellos literarios, que se funden y se confunden con los primeros fogonazos del eros, alojados pertinazmente en esa zona sacrosanta de la memoria de la que el autor ya nos ha hablado, hasta la página en blanco, que perseguirá implacablemente al autor hasta que lea el frontispicio del Oráculo de Delfos, se conozca por fin a sí mismo y se enfrente de una vez por todas al demonio por excelencia del escritor. Dicho en sus propias palabras:

> "El faro, en la punta de Cabo Mayor, acotaba el último asidero que ofrecía la tierra a los santanderinos; a partir de allí, sólo agua y aire, insondable la una e intangible el otro. Ambos produjeron en mí desde muy temprano la misma sensación de impotencia que el papel: alarmante, invulnerablemente blanco, cuando comencé a escribir, que fue a los nueve años."

En la introducción a su primera antología poética *Antología final*, un agorero título que afortunadamente acabó siendo inexacto, Jesús Pardo decía lo siguiente:

> "Yo no soy poeta, sino prosista, pero lo que conservo en esta Antología Final no es más que la punta de un cuantioso iceberg poético que ha ido puntuando casi cotidianamente mi ya larga vida de escritor".

En una presentación de aquel libro, Jesús Pardo dijo medio en broma, medio en serio que durante su juventud escribía páginas y más páginas de poemas para calmar su mala conciencia porque se le resistía lo que su tempranísima vocación literaria le demandaba perentoriamente: la novela.

Jesús Pardo necesitó sobrepasar la cincuentena para publicar su primera novela y saberse escritor, como tan gráficamente, "*Ego, Scriptor*", nos cuenta en la segunda parte de sus memorias, *Memorias de memoria*. Henos aquí con una singular definición del oficio de poeta: "poeta: dícese de aquél que, al no lograr escribir las novelas con que sueña, decide escribir poesía para poder seguir sintiéndose escritor". De interpretar esto al pie de la letra, habría que calificar los libros de poesía de Jesús como meros ejercicios de estilo de su afán obsesivo, la novela. Pero, como podrán juzgar los lectores de sus poemas, esto no es así, ni muchísimo menos. Los temas más frecuentados por Jesús Pardo en su poesía son la usura del tiempo y sus estragos, la muerte, a la que ha consagrado sus libros de poesía posteriores *Gradus Ad Mortem*, y sobre todo, porque es lo más relacionado con lo que hoy nos ocupa, la evocación de un Sardinero/Santander indeleblemente impreso en sus neuronas y que ha configurado en gran medida su sensibilidad.

Ficción, autobiografía y corografía, como llamaban los griegos al género que aunaba geografía e historia de una región, territorio o ciudad, se funden en una personalísima mezcla en la obra de Jesús Pardo, quien tal vez no se opondría a motejar esta síntesis como "Ciencias Santanderinas". Un género que han cultivado también otros escritores íntimamente vinculados a Santander, entre los que destaca Álvaro Pombo, cómo no, pariente de los moradores de la Villa San José. En el último siglo, en una concepción un poco generosa de lo que es un siglo, Santander ha recibido varios golpes que la han tocado de muerte, pero esta ciudad siempre ha acabado tomando un nuevo impulso y renaciendo de sus cenizas, cenizas que en varios de estos golpes no fueron metafóricas; levantamos acta de estas heridas, porque nos ayudarán en nuestra lectura de *Ahora es preciso morir*:

1º golpe: 3 de noviembre de 1893, explosión del Machichaco.

2º golpe: 1898, pérdida de Cuba y, por ende, del lucrativo comercio harinero con la isla, base de la prosperidad de la burguesía comercial santanderina.

3º golpe: 1936-1937, guerra y revolución en España y en Santander.

4º golpe: 15-16 de febrero de 1941, incendio de Santander, "el andaluz" que comenzó en la calle Cádiz y terminó en la calle Sevilla. Se dio la gran paradoja que la presentación pública en Madrid de *Ahora es preciso morir* fue precedida por una proyección del film de 1944 de Luis Marquina *Santander, la ciudad en llamas*, cuando el autor no le dedicó apenas atención en la novela a esta catástrofe porque en aquel momento vivía en Madrid, o, digámoslo, porque no afectó a su amado Sardinero, cuyo enemigo fue la piqueta y su aliada, la codicia humana.

Al comenzar a escribir esta conferencia me sumí en la contemplación interior de una fotografía que nunca he visto, la de una familia de la alta burguesía santanderina compartiendo una mesa de banquete con los empleados de los negocios familiares para celebrar un premio de lotería. La fotografía que sí he podido contemplar es también de 1909, de los antiguos Gobierno Civil y Aduana de Santander, tal y como se refleja en la edición de la novela en la editorial "Del taller de Mario Muchnik".

A su conclusión, me encontré dándole vueltas a un telegrama a Ciriego, cuyo destinatario desde una lejana y fantasmal Varsovia era la tía de Alejandrín Malalbear, la tía Curra, Eugenia Malalbear, o la tía Curra, Eugenia Pardo Yruleta, tía de Jesús Pardo de Santayana. *Telegrama a Ciriego* es el título ininteligible para alguien que no sea de Santander que JP le propuso a su editor para su segunda novela, que en sus sucesivos avatares se ha llamado *Ramas secas del pasado* y *Genios en salsa verde*. Aquel telegrama dirigido a Ciriego, es preciso recordarlo, llegó de nuevo a su remitente con un sentencioso: "Destinatario imposible de localizar". Qué poca imaginación la del cartero. Hasta Ciriego podrían llevarnos nuestros pasos siguiendo el derrotero santanderino de Jesús Pardo, hasta el Panteón familiar al que toda la familia peregrinaba el Día de Todos los Santos.

Creo, como el autor, que su primera idea hubiera sido el mejor título para la novela y, aunque la acción transcurre en Madrid, hubiera sido más coherente con el modelo de "Novela santanderina" que siempre ha perseguido. Releyendo la saga familiar de los Malalbear uno siente la tentación de imaginar a sus personajes como unos Buddenbrook, Thibault o Maia santanderinos que han sido sometidos, precisamente, al crisol literario ya aludido de la "santanderinización". Un Leopoldo

Malalbear como un Príncipe de Salina que lleva a toda su estirpe en la migración veraniega desde Santander al Sardinero como la que conducía a los Salina desde Palermo a Donnafugata en el interior de Sicilia. No es ocioso, a este respecto, recordar que el novelista Manuel Longares presentara a Jesús Pardo como un nuevo Lampedusa.

Como nuestro autor nos dice al hablar de su formación como novelista que le permitió digerir y elaborar literariamente su niñez sardinerina:

> "Mis puntales fueron, sobre todo, Balzac, Zola, Galdós, Baroja y Clarín, pero también Joyce, Mann y André Simon. Estos, sobre todo los primeros, me han enseñado cuanto sé, dejando a mi cuidado el digerirlo y elaborarlo. Mi novela ideal era, y sigue siendo, la gran novela europea del XIX y primera mitad del siglo XX: los grandes franceses y los finales rusos, con sus adláteres ingleses, alemanes, españoles e italianos."

Es inevitable hablar de la Guerra Civil en la experiencia vital de Jesús Pardo y en su novela *Ahora es preciso morir*. Una Guerra Civil entre las dos Españas/Santanderes fratricidas, cuya línea de fractura resquebrajó aún más las dos mitades irreconciliables de la galdosiana familia del autor: la compuesta por "el nosotros, los señores", de la tía Curra, y la formada por los que no pertenecían a esa casta. Esa guerra puso fin a un mundo *Upstairs*, *Downstairs*, aunque en la Villa San José las dos mitades de Santander y de la creación no se distribuyesen topográficamente así: señores arriba, sirvientes debajo. En palabras del autor:

> "La guerra civil lo cambió todo. Casi de la noche a la mañana, mis tíos y sus parientes y amigos vieron por primera vez en peligro su autoridad y su importancia. Todo se volvían malas noticias: parientes y amigos presos, y algunos asesinados o desaparecidos."

En *Ahora es preciso morir*, la Guerra Civil, un referente generacional explícito, se hace literatura a través de la visión artística del testimonio y la memoria personales. Las de un niño nacional, tomando prestado y adaptando el título de las memorias de Haro Tecglen, *El niño republicano*. En la novela aparecen una y otra vez los referentes topográficos e icónicos del Santander del Frente Popular o el Santander Rojo, como se prefiera llamarlos, o como uno los haya escuchado nom-

brar en su casa desde niño. Con palabras cuya mera enunciación trae consigo para algunas personas todavía vivas un mundo de memoria personal, la única digna de tal nombre, pues la memoria, al contrario de lo que tratan de hacernos creer con un calzador, no puede ser histórica, ni compartida, pues es una facultad personal, individual, absolutamente intransferible. Todo, en definitiva, depende del dolor con que se mire.

Esos referentes siguen hoy todavía hablando por sí mismos: el Cuartel del Alta, las quintas, los batallones disciplinarios. O los nombres de las checas más tristemente famosas. O los "paseos". O "el barco", el único barco posible en Santander al decir meramente "el barco": el Alfonso Pérez, y el fatídico 27 de diciembre de 1936. O el Faro, así, con mayúsculas y en este contexto.

O qué decir de las cárceles y descampados en los que a partir de agosto del 37, los "Hotros", con la H de Don Miguel de Unamuno, se tomaron cumplida y lenta revancha de los crímenes atroces de los "Hunos" del Santander Rojo o del Frente Popular, como se prefiera. La Fai, la Falange o también conocida por la gente de orden como la Fai-lange, que campó por sus respetos en los meses posteriores a agosto del 37, "Cuando entraron los nacionales", como muchos aún hemos oído en nuestras casas en nuestro léxico familiar. Una entrada, el 26 de agosto de 1937, que llena algunas de las mejores páginas de *Ahora es preciso morir*.

O el frente, cada vez más próximo. Y el cañoneo de las avanzadillas de los nacionales a las afueras de Santander, unas tropas tan anheladas por unos, tan temidas por otros. Pues todos saben ya muy bien que a la represión le seguirá la venganza. Como en la obra de Fernando Fernán-Gómez *Las bicicletas son para el verano*, Alejandrín Malalbear podría haberle preguntado a su tío Marcelino: "¿Ha llegado ya la paz?", y éste, podría haber contestado, del mismo modo, "No, hijo, ha llegado la victoria", pero en este caso la respuesta no lleva implícito pesar alguno, pues en la Villa San José y en aquel ambiente familiar y de casta, aquella victoria comportaba la restitución del orden cósmico, "una vuelta a la normalidad", como llamaban los sardinerinos bien al triunfo de los nacionales, que traerá por fin, como se dice en la novela, "el gobierno de la gente de bien."

Sin embargo, esa guerra y esa victoria acabaron destruyendo el mundo de ayer, el paraíso de la Villa San José, tras la decadencia absoluta de la estirpe familiar coronada con la muerte de la destinataria del telegrama a Ciriego, aquel numen tutelar, cuya muerte provocó el portazo que expulsó a nuestro protagonista del paraíso –al escritor y al protagonista de la saga, tanto monta-, un portazo que abrió en

él un vacío tan grande que, en sus palabras, "cupe entero en él, y aún quedó sitio para cuanto los años han ido dándome desde entonces. Allí dentro sigo."

Esa expulsión a las tinieblas exteriores y el adiós al Sardinero, "también yo perdí mi paraíso", dieron paso a un nuevo capítulo de la educación sentimental del autor y también del protagonista de *Ahora es preciso morir*, a la barojiana deformación de la sensibilidad, trasunto de la sensualidad pervertida o, recurriendo a Baroja una vez más, de la lucha por la vida.

Tras las armas llegan las letras, el altosantanderino deslasado se acaba convirtiendo en un hortera en Santander y se acerca, con su artificial barniz santanderino, a los aledaños de la corte literaria del gobernador Reguera Sevilla y del mito de Proel. Un relato descarnado que podemos seguir en *Autorretrato sin retoques*. Por fin el adiós a Santander en una estación de ferrocarril con destino a Madrid, camino del centro del mundo. Un adiós cruel y duro, como la juventud:

> "Con el tiempo Santander desapareció de mi memoria como algo artificial y prescindible. Ni a Madrid ni al Sardinero podía compararse, y no digamos a Londres. El primero le ganaba en perspectiva, y el segundo en recuerdos. El tercero era otro mundo."

¿Adiós a Santander, de verdad? En enero de 2003, Jesús Pardo fechaba en el hotel Rhín del Sardinero varios poemas. Reproduzcamos uno de ellos, escrito 55 años después de su adiós a Santander. El lector juzgará

Me quiero despedir con un soneto
de Jesús Pardo. El sigue en Santander
y yo vuelvo a Madrid. Es un secreto
cuándo y dónde podré volverle a ver.

Grande es el reto y grande es el aprieto:
¿qué tiene Santander para tal ser
qué, escindiéndome, déjeme aquí quieto
mandando a mi otro yo sin mí volver?

Contestaré cuando mis dos mitades
se junten bajo tierra en ese Hades
que sitios no sitúa o nombres nombra:

cuando mi polvo enamorado al mar
del olvido relegue este lugar
y entero me desanza de su sombra.

Ahora es preciso ir concluyendo.

Ahora es preciso morir, salvo honrosas excepciones, entre ellas la crítica de la novela publicada en *El Diario Montañés* por el Director de este encuentro, el profesor Dámaso López, no ha recibido la valoración crítica y el aprecio que sin lugar a dudas merece. Si mis datos son correctos, la novela ni siquiera llegó a presentarse en Santander. Pero esa es historia de la que no me corresponde hablar en este artículo.

Si nadie es profeta en su tierra, Jesús Pardo no lo es en la suya, a pesar de haberle legado a su ciudad, como se ha tratado de establecer aquí, un monumento literario que permanecerá. Creo que está claro a estas alturas que estoy convencido de que Jesús Pardo triunfó en su propósito de hacer la gran novela santanderina que "Piek" no tuvo fuerzas, tiempo o talento de escribir.

(1) Este texto fue leído en forma de conferencia en el marco del homenaje que la Universidad Internacional Menéndez Pelayo organizó junto con el Ayuntamiento de Santander y la Asociación Cultural Plaza Porticada a Mario Camus y Jesús Pardo en agosto de 2008. Quiero dar las gracias a los organizadores del encuentro, Dámaso López y Juan Antonio González Fuentes, por contar conmigo y a Jesús Pardo, por todas las horas de alegría que me ha dado su literatura y por todo lo que me ha enseñado. Que mis palabras, en la medida del valor que tengan, le sirvan de homenaje.

Este artículo está dedicado a la memoria de Pancho Pérez González (1926-2010).